



Cuento

Premio, Concurso XXVII, 1994

EN UN JARDÍN JAPONÉS

José Andrés Acosta Cuevas*

Alicia era la única persona, a excepción de mí, que permanecía callada en el grupo reunido en torno al hombre de camisa negra. Sostuve mi copa al frente e incliné la cabeza hacia ella, quien repitió el gesto sutilmente. Los muchachos de filipina blanca se acercaban a ratos para ofrecernos más vino dulzón y cuidar que no desapareciera ninguna copa.

—¿Quieres que te presente? —dijo de pronto Luis golpeándome el costado.

—Por favor —contesté y bebí un poco de ese vino amarillento.

Me tomó por el codo y me plantó frente al hombre de camisa negra, con quien tuve un leve choque, pues creí que cruzaríamos el círculo para llegar a ella. Luego de sonrojarme e intercambiar algunas palabras con aquel hombre, regresé junto a Luis y le aclaré mi intención.

—Me hubieras dicho, ¡carajo! Casi lo tiras.

* Facultad de Derecho, UNAM.

Desde hacía varias semanas, estaba asistiendo a distintas conferencias y presentaciones de libros por consejo de Luis. Tienes que dejarte ver, me había advertido una tarde en una cantina. Nada más se trata de que vayas, te sientes en primera fila y pongas cara de que eres alguien, aunque no te interese lo que digan los de la mesa; porque nadie, óyelo bien, nadie va a ir a buscarte a tu casa. Es parte del negocio; de esta forma se manejan las cosas, ni modo. Aunque tienes la ventaja de que yo te puedo echar la mano, así conocerás gente y al rato ya verás... Sin embargo, lo que había logrado en ese tiempo fue adquirir la costumbre de beber a diario, unas ojeras pronunciadas y algunos desaires.

Luis me apretó de nuevo el codo y me llevó con Alicia. Le di la mano diciendo mi nombre y unimos nuestro silencio mientras observábamos a los demás. Cada vez que alguien hacía un comentario efusivo, yo creía adivinar tras el rostro circunspecto de Alicia, el deseo de estar conmigo en otro lado, con otra gente.

Cuando las luces del auditorio parpadearon, la mayor parte de las copas estaban vacías y en el piso lucían todo tipo de colillas de cigarro aplastadas. Alguien propuso ir a la cantina. Salimos al frío de la noche y caminamos unas cuantas cuadras formando dúos y tríos por la acera. Alicia me cogió de la mano. Al llegar brindamos por el hombre de camisa negra. El barullo aumentó pronto y le propuse a Alicia irnos. Sin avisar a nadie, salimos otra vez a la calle.

Ella sugirió que fuéramos a su casa, dijo que estaba muy cerca. Abordamos un taxi rumbo a la avenida Universidad que nos dejó frente a un edificio enorme de color durazno. Aquí es, murmuró mientras sacaba el llavero. Pensé que se trataba de un edificio de apartamentos; en vez de eso, a la entrada había un re-

cibidor tan amplio como el auditorio en donde nos conocimos. Con una llave en forma de cilindro, activó una escalera eléctrica y subimos a un piso que ostentaba una mesa de roble con capacidad para unas veinte personas. Nos sentamos en un extremo; en el opuesto varios sujetos charlaban animadamente.

—Bueno —dije— ¿cuál es tu casa?

—Pues ésta. Todo lo que ves es mi casa —contestó alzando los brazos.

En ese momento llegaron hasta nosotros las carcajadas de los que ocupaban el otro extremo.

—¿Y ellos? —inquirí sin mirarlos.

—Son unos amigos.

—¿Por qué no vamos a otra habitación?

—Como quieras.

Me tomó de la mano y subimos al siguiente piso, pero ahora mediante un elevador. Atravesamos una estancia abarrotada de botellas, de la cual seleccionó una de whisky y llegamos a un galerón. En ese lugar había una infinidad de modelos distintos de cocinas integrales, divididas por paredes falsas que no alcanzaban el techo. Estaban reunidas en grupos de cuatro. Ella se sentó sobre la tarja de acero inoxidable de un fregadero, con la cabeza inclinada para no golpearse contra la campana de la estufa. Después de unos tragos, apretó los labios y extendió sus brazos hacia mí.

—¿Aquí? —exclamé.

Al no obtener respuesta me acerqué para besarla. En ese momento alguien murmuró. La voz provenía del otro lado de las separaciones de madera. Me aparté de Alicia y pisando con sigilo me aproximé a la esquina contraria al módulo; de ese lado, las paredes simulaban ser de ladrillo rojo y había una cocina tipo rústico con acabados imitación madera: una pareja de jóvenes recostada sobre la estufa intercambiaba besos.

Cuando regresé, Alicia columpiaba

sus pies y miraba hacia el suelo con los brazos tensos, apoyados en el borde de la tarja; parecía a punto de arrojarse desde una azotea. Esta vez la tomé yo de la mano y la guié hacia un lugar poco iluminado, donde toda una colección de salas nos esperaba. Por el camino saludó a unas personas que estaban sentadas sobre la alfombra. Escogí un sillón café, acojinado y grande. Frente a nosotros, crepitaba una chimenea eléctrica que producía destellos rojos. La besé en el cuello, el aroma de su perfume se había mezclado con el del whisky. Le desabotoné la blusa y me aseguré de que no hubiera nadie cerca. Palpé sus senos, pequeños como los de una adolescente, e intenté penetrarla, pero me pescó el miembro con la mano, como si fuera un animalillo que quisiera lastimarla.

—¿Qué pasa?

—Eso no —pidió.

—¿Cómo que no?

—Todo lo que quieras menos eso.

—Entiendo. Voy a conseguir un condón.

—No. No es necesario —sentenció con fastidio— quítate.

Su cara había adquirido un matiz de cansancio. Los destellos de la chimenea se reflejaban en su pecho con movimientos rítmicos. Comenzó a sudar y bebió de la botella; mientras, yo me vestía.

—Mañana tengo que organizar otro evento —dijo cruzando los brazos.

Me quedé sin saber qué decir.

—¿Por qué conoces a Luis? —interrogó.

—Por azar. Nos presentaron.

—Entonces no trabajas para él.

—No.

Suspiró al tiempo que se vestía. Antes de continuar hablando, reflexionó.

—¿Quieres que te muestre la casa de camino a la salida?

—No —respondí— ya sé que es grande.

—¿Quieres llevarte algunas cosas? —di-

jo mientras se ponía una gabardina gris que no supe de dónde sacó.

—¿Qué cosas?

—Comida, ropa, lo que quieras. Aquí hay mucho de todo.

—No gracias, no necesito nada.

—Sígueme.

Avanzamos por un pasillo angosto, con techo bajo, en dirección a unas escaleras. Antes de descender, miré a través de una puerta corrediza de cristal que daba hacia un balcón y le pedí a Alicia que me dijera qué había ahí. Ella descorrió la puerta y se acercó a la balaustrada. Nos recargamos en el borde para asomarnos. Hacia abajo se veían tres o cuatro jardines de distintos estilos cada uno, divididos entre sí por mallas metálicas que llegaban hasta la altura de un domo que cubría esta parte de la casa, y que era lo suficientemente grande para que los árboles crecieran alto, aunque no demasiado. Uno de los jardines estaba arreglado a la manera japonesa; ofrecía una imagen de tranquilidad y armonía. En él, dos gatos blancos jugaban a perseguirse: daban brincos, hacían fintas, maullaban y corrían entre árboles enanos y un puente de madera.

—Qué bonitos gatos —murmuré.

—Son de mi padre.

—¿Y pueden pasar a los otros jardines?

—No. Mi padre es quien los cambia de sitio cuando le da la gana. Le gustan los gatos, aunque a veces se aburre de ellos. Míralos —señalaba al par con el dedo— son como niños, ni siquiera saben que ya están envenenados. Mañana, simplemente aparecerán tumbados por cualquier rincón.

De pronto advertí que entre las plantas había un hombre de cabello y barba blancos. Dos platos con restos de leche reposaban a su lado. Se me hizo difícil respirar, mis brazos estaban muy blancos y la cara de Alicia también. Tuve que

sentarme en el suelo. Ella sonreía, estás muy desvelado ¿verdad?, me dijo. Yo ya no le pude contestar, sólo alcancé a ob-

servar, a través de los balaustres, al par de gatos que yacían exhaustos sobre el puente de madera.

Viñeta

Premio, Concurso XXVIII, 1995

Jorge Galaviz García

